

—dijo Modesta enternecida.—¿Puede acaso concebirse á un poeta sin musa?

—No, porque carecería de corazón, y haría versos secos como los de Voltaire, que no amó nunca más que á sí mismo—respondió Canalis.

—¿No me hizo usted el honor de decirme en París que no experimentaba ninguno de los sentimientos que describía?—preguntó Dumay á Canalis.

—La estocada no es mala, mi valiente militar—respondió el poeta sonriéndose,—pero sepa usted que no es cosa imposible tener á la vez mucho corazón en la vida intelectual y en la vida real. Se pueden expresar hermosos sentimientos sin experimentarlos, y se puede experimentarlos sin poder expresarlos. Mi amigo La Briere, que ven ustedes presente, ama con locura—dijo con generosidad mirando á Modesta;—yo, que seguramente amo tanto como él, creo que podría dar á mi amor una forma literaria en armonía con su poder; pero no respondo, señorita—dijo volviéndose hacia Modesta con una gracia un tanto rebuscada,—de no quedar mañana sin talento ni chispa.

De este modo, el poeta triunfaba de todo obstáculo, quemaba en holocausto de su amor los vallados que se oponían á su paso, y Modesta permanecía admirada ante aquella gracia parisiense que no conocía y que era realizada por las declamaciones del discursista.

—¡Qué farsante!—dijo Butscha al oído del diminuto Latournelle, después de haber escuchado un magnífico discurso acerca de la religión católica y de la dicha de tener por esposa á una mujer piadosa, originado por una pregunta hecha por la señora Miñón.

Modesta parecía tener como una venda en los ojos: el prestigio del relato y la atención que intencionadamente prestaba á Canalis, le impedían ver lo que Butscha observaba cuidadosamente: la declamación, la falta de sencillez y el énfasis sustituyendo al sentimiento, y todas las incoherencias que sugirieron al pasante su exclamación un tanto cruel. Allí donde el

señor de Miñón, Butscha, Dumay y Latournelle se asombraron de la inconsecuencia de Canalis, sin tener en cuenta la inconsecuencia de una conversación que es siempre tan caprichosa en Francia, Modesta admiraba la habilidad del poeta y se decía arrastrándolo consigo por los caminos tortuosos de su fantasía: «¡Me ama!» Butscha, como todos los espectadores de lo que es preciso llamar esta *representación*, quedó admirado del defecto principal de los egoístas, que Canalis dejaba ver demasiado claramente, como todas las personas acostumbradas á perorar en los salones. Ya porque comprendiera de antemano lo que el interlocutor quería decir, ya porque no escuchase, ó ya porque tuviese la facultad de escuchar al mismo tiempo que pensaba en otra cosa, es lo cierto que Melchor ostentaba esa cara distraída que hiera tanto á la vanidad como desconcierta á la palabra. El no escuchar es, no solamente una falta de cortesía, sino también una prueba de desprecio. Pero Canalis lleva aún más lejos esta costumbre, pues á veces se olvida de contestar á una frase que exige una respuesta, y, pasándola por alto, se cuida únicamente de aquello que le preocupa. Si de un hombre de elevada posición se acepta esta impertinencia sin protesta, engendrando en el fondo de los corazones un foco de odio y de venganza, de un igual es motivo para romper la amistad. Cuando, por casualidad, Melchor se propone escuchar, incurre en otro defecto, y es en el de prestarse únicamente, pero sin darse. Sin ser tan mortificante, este medio sacrificio molesta también al que habla y le deja descontento. Nada es más productivo en el *comercio del mundo* como la limosna de la atención. «Al buen oyente ¡salud!» es no solamente un precepto evangélico, sino además una excelente especulación; observado, y os lo dispondrán todo, hasta los vicios. Canalis se esforzó cuanto pudo para agradar á Modesta; pero si estuvo complaciente con ella, en cambio resultó poco agradable á los demás.



Modesta, sin tener compasión de los diez mártires á quienes iba á aplicar el tormento, rogó á Canalis que leyese algunas de sus composiciones en verso, á fin de poder apreciar el tan alabado talento declamatorio del poeta.

Canalis tomó el volumen que le tendía Modesta y leyó una poesía suya que pasa por ser la más hermosa, una imitación de los *Amores de los ángeles*, de Moore, titulada *VITALIS*, que fué acogida con algunos bostezos por parte de la señora Latournelle y Dumay, y de Gobenheim y el cajero.

—Caballero, si sabe usted jugar al wisth—dijo Gobenheim presentando al poeta cinco cartas puestas en forma de abanico,—declaro que no habré visto nunca hombre más agradable que usted.

Este dicho hizo reir, pues fué la traducción de las ideas de todos.

—Lo conozco bastante para poder pasar en provincias el resto de mis días—respondió Canalis.—Me parece que esta noche ha habido más literatura y conversación de la que desean unos jugadores de wisth—añadió con impertinencia arrojando el libro sobre la consola.

Este detalle indica los peligros que corre el héroe de un salón cuando se sale, como Canalis, de su esfera, el cual se parece entonces al autor mimado de un cierto público, cuyo talento se pierde al salirse de su escenario y al intentar la entrada en un teatro superior.

Jugaron de compañeros el barón y el duque, contra Gobenheim y Latournelle, y Modesta fué á colocarse al lado del poeta, con gran desesperación del pobre Ernesto, que veía en el rostro de la caprichosa joven los progresos de la fascinación ejercida por Canalis. La Briere ignoraba el don de seducción que poseía Melchor, don que la naturaleza niega las más de las veces á los seres sinceros, que son generalmente tímidos. Este don exige una osadía, una vivacidad de me-

dios que pudiera llamarse revoloteo del espíritu, y hasta pudiera decirse que exige también un poco de mímica; pero, moralmente hablando, ¿no es siempre un poeta un comediante? Existe una gran diferencia entre expresar sentimientos que se experimentan, pero cuyas variantes se conciben, y fingirlos cuando se necesita obtener un éxito en el teatro de la vida privada; sin embargo, si la hipocresía necesaria al hombre de mundo ha gangrenado al poeta, acaba por emplear las facultades de su talento en la expresión de un sentimiento necesario, como el gran hombre consagrado á la soledad acaba por trasladar su corazón á su espíritu, librándose así de las pasiones.

—Trabaja por los millones—se decía dolorosamente La Briere, —y fingirá tan bien la pasión, que Modesta acabará por creer en ella.

Y en lugar de mostrarse más amable y más ocu-  
rente que su rival, La Briere imitó al duque de Herouville, y permaneció sombrío, inquieto y atento, y cuando el cortesano estudiaba las extravagancias de la joven heredera, Ernesto fué presa de negros y concentrados celos, pues no había obtenido aún una mirada de su ídolo. En este estado, salió del salón por algunos instantes acompañado de Butscha.

—Está visto—dijo el refrendario;—está loca por él, y no le falta razón, porque yo resulto más que desagradable. Canalis es encantador, tiene gracia hasta cuando guarda silencio, pasión en los ojos y poesía en sus conversaciones.

—Y ¿es hombre honrado?—le preguntó Butscha.

—¡Oh! sí—le respondió La Briere,—es leal, noble, y, sometido á la influencia de Modesta, le creo capaz de perder los pequeños defectos que la duquesa de Chaulieu le ha hecho adquirir...

—Es usted un buen muchacho—dijo el jorobadito, —pero ¿será capaz de amar? ¿la amará?

—No lo sé—respondió La Briere.—¿Ha hablado ella de mí?—preguntó después de un momento de silencio.



—Sí—dijo Butscha repitiendo á La Briere las palabras que Modesta había pronunciado acerca de los disfraces.

El refrendario fué á sentarse en un banco y escondió la cara entre sus manos: no podía contener las lágrimas, y no quería dejárselas ver á Butscha; pero el enano era hombre capaz de adivinarlas.

—¿Qué tiene usted, señor?—preguntó Butscha.

—Tiene razón—dijo La Briere levantándose de pronto.—¡Soy un miserable!

Y contó el engaño que había convenido con Canalis, si bien advirtiendo á Butscha que había querido desengañar á Modesta antes de que ella se hubiese dado á conocer. Después se desató en apóstrofes bastante infantiles acerca de la desgracia de su destino. Butscha reconoció simpáticamente el amor en su vigorosa y rápida sencillez y en sus sinceras y profundas ansiedades.

—Pero ¿por qué no se desenvuelve usted delante de la señorita Modesta y por qué deja usted á su rival el campo libre?—dijo Butscha al refrendario.

—¡Ah! ¿de modo que no ha sentido usted nunca oprimirse la garganta cuando se trata de hablarle y no siente usted nada en la raíz de los cabellos, en la superficie de la piel, cuando ella le mira, aunque sólo sea distraídamente?

—Pero usted tuvo bastante juicio para ponerse triste y meditabundo cuando Modesta dijo á su padre poco más ó menos:

—Es usted un zoquete.

—Amigo mío; la amo demasiado para no haber sentido penetrar en mi corazón una hoja de puñal al oír que daba de este modo un mentís á las perfecciones que yo le atribuyo.

—Y Canalis justificó su conducta—dijo Butscha.

—Si ella tuviese más amor propio que corazón, no sería digna de lástima—repuso La Briere.

En este momento, Modesta, seguida de Canalis, que

acababa de perder, salió con su padre y con la señora Dumay, para respirar el aire de una noche estrellada. Mientras Modesta se paseaba con el poeta, Carlos Miñón se separó de ella para ir al lado de La Briere.

—Su amigo de usted, señor, debía haberse hecho abogado—dijo sonriendo y mirando al refrendario con atención.

—No se apresure usted á juzgar á un poeta con la severidad con que podría usted hacerlo con un hombre ordinario, como yo, por ejemplo, señor conde—respondió La Briere.—El poeta tiene su misión. Está destinado, por su naturaleza, á ver la poesía de las cuestiones, lo mismo que expresa la de todos los seres. Así, en las cuestiones en que usted le crea en oposición consigo mismo, es fiel á su vócação. Es el pintor que pinta lo mismo una madona que una cortesana. Molière tiene razón en sus personajes de ancianos y en los de sus jóvenes, y Molière tenía ciertamente el juicio sano. Esos juegos del ingenio, corruptores en los hombres secundarios, no ejercen ninguna influencia sobre el carácter en los verdaderos grandes hombres.

Carlos Miñón estrechó la mano á La Briere, diciéndole:

—Esa facilidad podría, no obstante, servirle para justificarse á sí mismo de las acciones diametralmente opuestas, sobre todo en política.

—¡Ah! señorita—respondía en este momento Canalis con voz mimosa á una maliciosa observación de Modesta,—no crea usted que la multiplicidad de las sensaciones quite la menor fuerza á los sentimientos. Los poetas, con mayor razón que los demás hombres, deben amar con constancia y fe. En primer lugar, no se cele usted de lo que se llama la Musa. ¡Dichosa la mujer de un hombre ocupado! Si oyese usted las quejas de las mujeres que sufren el peso de la ociosidad de sus maridos sin empleos ó á quienes la riqueza da en que emplear sus ocios, sabría usted que la princi-



pal dicha de una parisiense es la libertad, reina en su casa. Ahora bien; nosotros dejamos á nuestra mujer ser reina absoluta en su casa, porque nos es imposible descender á la tiranía ejercida por los hombres de pocos alcances. Nosotros tenemos otras cosas que hacer. Si algún día me casase, lo cual, se lo juro, es una catástrofe que está muy distante para mí, quisiera que mi mujer tuviese la libertad moral que observa una querida y que acaso es la fuente de donde saca todas sus seducciones.

Canalis desplegó su inspiración y sus gracias hablando de amor, del matrimonio y de la adoración de la mujer, conversando con Modesta hasta que el señor Miñón, que fué á unirseles, encontró en un momento de silencio la ocasión de coger á su hija por el brazo y conducirla ante Ernesto, á quien el digno soldado había aconsejado que tentase una explicación.

—Señorita—dijo Ernesto con voz alterada,—me es imposible estar más tiempo bajo el peso de su desprecio. Me defendiendo, no intento justificarme, quiero únicamente hacerle observar que antes de leer su halagadora carta dirigida á mi persona, y no al poeta, la última en fin, quiero, repito, y se lo he hecho saber á usted por medio de una carta escrita en el Havre, disipar el error en que está usted. Todos los sentimientos que he tenido la dicha de expresarle á usted son sinceros. Una esperanza tuve, en París, cuando su padre de usted me dijo que era pobre; pero ahora, si todo se ha perdido, si no tengo más que pesares eternos ¿por qué he de permanecer aquí donde todo es un suplicio para mí?... Déjeme, pues, llevar una sonrisa de usted que quedará para siempre en mi corazón.

—Caballero—respondió Modesta fingiéndose fría y distraída,—yo no soy la dueña aquí; pero esté usted seguro que me desesperaría si retuviese aquí á los que no encuentran en ello placer ni felicidad.

Y dejó al refrendario, tomando el brazo de la señora Dumay para entrar en el *Chalet*. Algunos instantes

después, todos los personajes de esta escena doméstica, reunidos de nuevo en el salón, quedaron bastante sorprendidos al ver á Modesta sentada al lado del duque de Herouville, y coqueteando con él como hubiera podido hacerlo la más astuta parisiense; se tomaba interés por su juego, le daba consejos que él pedía, y encontró la ocasión de decir cosas halagadoras poniendo el prestigio de la nobleza á la misma altura que el prestigio del talento y de la belleza. Canalis sabía ó creía saber la razón de este cambio: había querido picar á Modesta tratando el matrimonio de catástrofe y diciéndose alejado de él; pero, como todos los que juegan con el fuego, fué él quien se quemó. La altivez de Modesta y su desdén alarmaron al poeta, el cual volvió á ella dando el espectáculo de unos celos tanto más visibles cuanto que eran fingidos. Modesta, implacable como los ángeles, saboreó el placer que le causaba el ejercicio de su poder, y, como es natural, abusó de él. El duque de Herouville no había conocido nunca una fiesta semejante: ¡una mujer le sonreía! Á las once de la noche, hora avanzada para los del *Chalet*, los tres pretendientes salieron, el duque encontrando encantadora á Modesta, Canalis encontrándola excesivamente coqueta y La Briere herido de su dureza.

Durante ocho días, la heredera fué con sus tres pretendientes lo que había sido durante aquella noche; de modo que el poeta fué el que más prevaleció, á pesar de los arranques y los caprichos que daban de vez en cuando esperanza al duque de Herouville. Las irreverencias de Modesta respecto á su padre, las libertades excesivas que se tomaba con él; sus impacencias con su madre ciega haciéndole, como á desgracia, esos pequeños servicios que en otro tiempo eran el triunfo de su piedad filial, parecían ser efecto de un carácter caprichoso y de una libertad tolerada desde la infancia. Cuando Modesta traspasaba los límites de la prudencia, se predicaba moral á sí misma y atribuí



sus ligerezas y sus acciones descorteses á su carácter independiente. Confesaba al duque y á Canalis su repugnancia por la obediencia, y lo consideraba como un obstáculo real para su establecimiento, interrogando de este modo á la moral de sus pretendientes, al igual que esos que agujerean la tierra para sacar de ella oro, carbón, toba ó agua.

—Nunca encontraré—decía Modesta la víspera del día en que había de tener lugar la instalación de la familia en la quinta de los Vilquin,—un marido que soporte mis caprichos con la bondad de mi padre que siempre ha sido la misma y con la indulgencia de mi adorable madre.

—Porque saben que son amados, señorita—dijo La Briere.

—Esté usted segura, señorita, de que su marido conocerá todo el valor de su tesoro—añadió el duque.

—Tiene usted más inteligencia y resolución de la que se necesita para disciplinar á un marido—dijo Canalis riendo.

Modesta sonrióse como debió de hacerlo Enrique IV después de haber revelado á un embajador extranjero, por medio de tres respuestas á una pregunta insidiosa, el carácter de sus tres principales ministros.

El día de la comida, Modesta, llevada de la preferencia que concedía á Canalis, se paseó largo tiempo sola con él por el terreno enarenado que había entre la casa y el cuadro de césped rodeado de flores. En los gestos de la joven, en el aspecto del poeta, era fácil ver que escuchaba favorablemente á Canalis; por eso las dos señoritas de Herouville fueron á interrumpir aquella escandalosa conversación á solas; y, con la maña natural á las mujeres en semejantes casos, hicieron versar la conversación sobre la corte, sobre el brillo de un cargo de la corona, explicando la diferencia que existía entre los cargos de la casa real y los de la corona; trataron de embriagar á Modesta halagando su orgullo y mostrándole uno de los más altos

destinos á los cuales podía aspirar entonces una mujer.

—Tener por hijo un duque—exclamó la vieja solterona—es una ventaja positiva.—Ese título es una fortuna, que se lega á sus hijos y que por nada puede ser atacada.

—¿Á qué casualidad—dijo Canalis bastante descontento por haber sido interrumpido en su conversación—debemos atribuir el poco éxito que ha tenido hasta ahora el señor caballero mayor en el asunto en que más puede servir ese título á las pretensiones de un hombre?

Las dos señoritas dirigieron á Canalis una mirada llena de tanto veneno como el que inyecta la mordedura de una víbora, y se desconcertaron tanto con la sonrisa burlona de Modesta, que no supieron qué responder.

—Y si el señor caballero mayor no le ha reprochado á usted nunca la humildad que le inspirará á usted su propia gloria, ¿por qué echarle en cara su modestia?—dijo Modesta á Canalis.

—Aun no se ha encontrado una mujer digna del rango de mi sobrino—dijo la vieja solterona.—Hemos visto algunas que poseían la fortuna que requiere esta posición; otras que, sin tener fortuna, tenían el talento y la educación; y confieso que hemos hecho bien en esperar que Dios nos ofreciese la ocasión de conocer una persona que reuniese la nobleza, el talento y la fortuna de una duquesa de Herouville.

—Querida Modesta—dijo Elena de Herouville llevando á Modesta á algunos pasos de distancia del poeta,—hay mil barones de Canalis en el reino, como hay cien poetas en París que valen tanto como él. Y, en mi concepto, llega tan poco á la categoría de hombre grande, que yo, á pesar de ser una pobre joven destinada á tomar el velo por falta de dote, no le queiría. Por otra parte, usted no sabe lo que es un joven explotado hace ya diez años por la duquesa de Chau-



lieu. Sólo una vieja sesentona podría someterse á sufrir las impertinencias y molestias que han de acarrear las indisposiciones que afligen al poeta, la menor de las cuales fué en Luis XIV un defecto insoportable; pero la duquesa, como no lo tiene en casa á todas horas, no lo sufre tanto como tendría que sufrirle si fuese su marido...

Y, haciendo una de esas maniobras que acostumbra á hacer las mujeres entre sí, Elena de Herouville repitió al oído de Modesta las calumnias que las mujeres celosas de la duquesa de Chaulieu levantaban al poeta. Este pequeño detalle, bastante común en las conversaciones de las jóvenes, muestra el encarnizamiento con que era disputada la fortuna de Carlos Miñón.

En diez días, las opiniones de los habitantes del *Chalet*, respecto á las tres personas que aspiraban á la mano de Modesta, habían cambiado mucho. Este cambio, que era desventajoso para Canalis, se fundaba en consideraciones capaces de hacer reflexionar profundamente á los portadores de una gloria cualquiera. Al ver la pasión con que se persigue la posesión de un autógrafo, no se puede negar que la curiosidad pública no sea vivamente excitada por la celebridad. La mayor parte de las gentes de provincia no se dan evidentemente exacta cuenta de los procedimientos que las gentes ilustres emplean para ponerse la corbata, para pasear por el bulevar, contemplar las musarañas ó comer una costillita. El extraño encanto que causa toda especie de gloria, aun la justamente adquirida, no subsiste, y queda reducida sobre todo para las gentes superficiales, burlonas ó envidiosas, á una sensación rápida como el rayo y que no se renueva nunca. Parece que la gloria, lo mismo que el sol, radiante y luminosa de lejos, es, si se aproxima uno á ella, fría como la cima de una montaña. El hombre no es realmente grande más que para sus colegas, y sin duda los defectos inherentes á la condición humana des-

aparecen más bien á los ojos de éstos que á los de vulgares admiradores. Para obligar todos los días, un poeta está, pues, obligado á desplegar las mentidas gracias de la gente que sabe hacer perdonar su obscuridad con sus cariñosos modales y con sus complacientes palabras; pues, además del genio, todo el mundo le exige las triviales virtudes de salón. El gran poeta del arrabal Saint-Germain, que no quiso someterse á esta ley social, vió suceder una insultante indiferencia á la admiración que causó su conversación de las primeras noches. La gracia prodigada sin tasa produce en los ojos el mismo efecto que una tienda de espejos, y esto bastará para comprender que el brillo de Canalis fatigó muy pronto á gente que, según decía él, amaba lo positivo. Obligado muy pronto á mostrarse hombre ordinario, el poeta encontró numerosos escollos en un terreno en que La Briere conquistó los sufragios de aquellos que al principio le habían encontrado desabrido. Se experimentó la necesidad de vengarse de la reputación de Canalis, poniéndole á su amigo. Las mejores personas son así. El sencillo y buen refrendario no hería ningún amor propio, y al fijarse en él, todo el mundo echó de ver que poseía un gran corazón, una gran modestia, una discreción de muerto y una excelente figura. Como valor político, el duque de Herouville colocó á Ernesto muy por encima de Canalis. El poeta, desigual, ambicioso y variable como el Tasso, amaba el lujo y la grandeza y adquiría deudas; mientras que el joven consejero, dotado de un carácter igual, vivía modestamente, siendo útil sin ostentación, esperando las recompensas sin acecharlas y haciendo economías. Por otra parte, Canalis había confirmado las opiniones de los que le observaban. Hacía dos ó tres días que se dejaba llevar de su impaciencia, y demostraba que se entregaba á abatimientos, melancolías sin razón aparente y cambios de humor, fruto todo del temperamento nervioso de los poetas. Estas originalidades



(palabra de provincia), engendradas por la inquietud que le causaban sus faltas, aumentadas cada día, con respecto á la duquesa de Chauvieu á la que tenía que escribir sin poder resolverse á ello, fueron cuidadosamente observadas por la melosa americana y por la digna señora Latournelle, y pasaron á ser objeto de más de una conversación entre éstas y la señora Miñón. Canalis sintió los efectos de estas conversaciones sin explicárselos. La atención que se le prestaba no era la misma, las cosas no presentaban ya aquel aspecto de asombro de los primeros días, mientras que Ernesto empezaba á hacerse escuchar. Hacía ya dos días que el poeta procuraba seducir á Modesta, y aprovechaba todos los instantes en que podía encontrarse solo con ella para envolverla en las redes de su lenguaje apasionado. El rubor de Modesta demostró á las dos Herouville el gran placer con que la heredera escuchaba deliciosos conceptos deliciosamente dichos; é inquietas ante tal progreso, acababan de recurrir á la última *ratio* de las mujeres en semejante caso, á esas calumnias, que, refiriéndose á las repugnancias físicas más atroces, dejan rara vez de producir su efecto. Esto fué causa de que el poeta viese alentar á la mesa que algunas nubes empañaban la frente de su ídolo, y como hubiese leído en ellas las perfilias de la señorita de Herouville, juzgó necesario proponerse en persona para marido tan pronto como pudiese hablar á solas con Modesta. Oyendo algunos dichos agrídules, aunque corteses, cambiados entre Canalis y las dos nobles jóvenes, Gobenheim dió un codazo á Butscha, que estaba á su lado, para señalarle al poeta y al caballerizo mayor.

—¡Acabarán por aniquilarse mutuamente!—le dijo Gobenheim al oído á Butscha.

—¡Oh! Canalis tiene el genio suficiente para aniquilarse por sí solo—respondió el enano.

Durante la comida, que fué suculenta y admirablemente servida, el duque sacó ventaja á Canalis

Modesta, que había recibido la vispera sus vestidos de amazona, habló de hacer algunas correrías por los alrededores. Por el giro que tomó la conversación, la joven llegó á manifestar sus deseos de asistir á una cacería á caballo, placer que le era desconocido. Inmediatamente el duque prometió á la señorita Miñón darle el espectáculo de una cacería en un bosque de la corona, á algunas leguas del Havre. Gracias á sus relaciones con el príncipe de Cadignán, que era montero mayor, el duque vió en esto ocasión de desplegar á los ojos de Modesta un fausto regio y de seducirla mostrándole el fascinante mundo de la corte y haciéndole desear el pertenecer á él mediante un matrimonio. Ciertas miradas cambiadas entre el duque y la señorita de Herouville, que fueron sorprendidas por Canalis, decían bastante claro: «¡La heredera es austrial, para que el poeta, reducido á sus esplendores personales, se apresurase á obtener de Modesta una prueba positiva de afecto. Asustada casi por haberse comprometido con los Herouville más de lo que entraba en sus intenciones, Modesta, paseándose después de la comida por el parque, procuró adelantarse con Melchor para estar sola con él. Movida de esa curiosidad muy natural en una joven, le dejó adivinar las calumnias que de él habían dicho, y, al oír una exclamación de Canalis, le exigió que guardase silencio, lo cual prometió éste.

—Esas calumnias—dijo el poeta—son armas de buena ley aceptadas en la gran sociedad. Su probidad de usted se asusta de ellas, y yo, no solamente me río, sino que me resultan agradables. Muy en peligro debían creer esas señoritas los intereses de Su Señoría cuando recurren á semejantes medios.

Y, aprovechándose inmediatamente de las ventajas que procura una confianza de este género, Canalis desplegó, para justificarse, tal verbosidad y una pasión tan delicadamente expresada, dando gracias á Modesta por una confianza en la que él creía ver un poco de



amor, que ésta se vió tan comprometida con el poeta como con el caballero mayor. Canalis, sintiendo la necesidad de mostrarse atrevido, se declaró francamente, hizo á Modesta juramentos en los que brilló su poesía como la luna ingeniosamente invocada, y en los que no dejó tampoco de figurar la descripción de la belleza de aquella encantadora rubia que estaba admirablemente ataviada para aquella fiesta de familia. Esta exaltación de rigor, á la que la noche, el follaje, el cielo y la tierra, la naturaleza entera, sirvieron de cómplices, arrastró á aquel ávido amante más allá de lo razonable, pues habló de su desinterés y supo rehacer, con las gracias de su estilo, el famoso tema: *¡Mil quinientos francos y mi Sofía!* de Diderot, ó *¡Una cabaña y tu corazón!* de todos los amantes que conocen la fortuna del suegro.

—Caballero—dijo Modesta después de haber saboreado la melodía de aquel concierto tan admirablemente ejecutado *sobre un tema conocido*,—la libertad en que me dejan mis padres me ha permitido escucharle; pero es á ellos á quienes debe usted dirigirse.

—Está bien—exclamó Canalis;—pero dígame antes si usted se prestará gustosa á obedecerles si obtengo su consentimiento.

—Sé de antemano—respondió la joven,—que mi padre tiene caprichos que pueden contrariar el justo orgullo de una casa antigua como la de usted, pues desea que sus nietos lleven su título y su nombre.

—¡Vaya, Modesta, calle usted por Dios! ¿qué sacrificios no haría yo por confiar mi vida á un ángel custodio como usted?

—Ruégole que me permita que no decida en un instante de la suerte de toda mi vida—dijo Modesta yendo á unirse con las señoritas de Herouville.

En este momento estas dos nobles jóvenes procuraban agradar al pequeño Latournelle á fin de ponerlo de su parte. La señorita de Herouville, á la que, para distinguirla de su sobrina Elena, daremos exclusiva-

mente el nombre patrimonial, decía al notario que la plaza del presidente del tribunal en el Havre, de la cual dispondría Carlos X en su favor, era un buen refugio que merecía por su talento legístico y por su probidad. Butscha, que se paseaba con La Briere y que estaba asustado de los progresos del audaz Melchor, tuvo ocasión de hablar algunos instantes con Modesta en el momento en que todo el mundo entraba en la casa para entregarse á los placeres del inevitable wisth.

—Señorita, supongo que aun no le llamará usted Melchor—le dijo en voz baja.

—Poco le falta, mi enano misterioso—le respondió Modesta sonriendo de un modo capaz de condenar á un santo.

—¡Gran Dios!—exclamó el pasante dejando caer sus manos que tocaron casi en el suelo, tan largos eran sus brazos.

—Pues qué, ¿acaso no vale más que ese odioso y sombrío refrendario por quien usted se interesa?—respondió la joven tomando para Ernesto uno de esos ademanes altaneros cuyo secreto pertenece únicamente á las jóvenes, como si la virginidad les prestase alas para elevarse á esa altura.—¿Sería acaso capaz su señor de La Briere de aceptarme sin dote?—repuso la joven después de una pausa.

—Preguntélelo usted á su señor padre—replicó Butscha que dió algunos pasos para llevarse á Modesta á una distancia respetable de las ventanas.—Escuche usted, señorita. Ya sabe que el que le habla está dispuesto á dar en todo tiempo y á todas horas, no solamente su vida, sino además, su honor; así pues, puede usted creer en él, y confiarle aquello que acaso no se atrevería usted á decir ni á su propio padre. Dígame, ¿acaso ese sublime Canalis le ha hablado á usted en ese lenguaje desinteresado que la mueve á que haga ese reproche al pobre Ernesto?

—Sí.



—Y ¿cree usted en él?

—Eso, mal pasante—repuso dándole uno de los diez ó doce motes que le había puesto,—me parece que es poner en duda el poder de mi amor propio.

—Veo que se ríe usted, querida señorita, y puesto que habla en broma, supongo que se burla usted de él.

—Señor Butscha, ¿qué pensaría usted de mí si me creyese con derecho á burlarme de alguno de los que me hacen el honor de aspirar á mi mano? Sepa usted, maese Juan, que, aunque no lo parezca, á una joven le halaga recibir el más insignificante de los homenajes.

—¿De modo que yo le halago á usted?—dijo el pasante mostrando su rostro iluminado como un pueblo en día de fiestas.

—¿Usted?—dijo Modesta.—Usted me demuestra la más grata de las amistades, un sentimiento desinteresado como el de una madre á su hija. No se compare usted á nadie... (Aquí hizo una pausa). No puedo decir á usted que le amo, en el sentido que los hombres dan á esta palabra, pero lo que le concedo es eterno y está libre de toda vicisitud.

—Pues bien—dijo Butscha fingiendo recoger una china á fin de besar la punta de los zapatos de Modesta y depositando en ellos una lágrima,—permítame que vele por usted como el dragón vela por su tesoro. El poeta le ha prodigado á usted sus más preciosas frases, sus más halagüeñas promesas, y ha cantado su amor con la cuerda más hermosa de su lira, ¿verdad?... Si cuando ese noble amante haya adquirido la seguridad de que usted tiene poca fortuna, le ve cambiar de conducta, inquieto y frío, ¿le concederá usted su mano y su cariño...?

—¡Cómo! ¿supone usted que sea otro Francisco Althor...?—preguntó Modesta haciendo un gesto con el que denotó su gran repugnancia.

—Déjeme usted tener el gusto de producir ese cambio de decoración—dijo Butscha.—No solamente le

prometo á usted que ha de ser esto rápidamente hecho, sino que después no desespero de volverle á su poeta enamorado de nuevo, y frío y entusiasta alternativamente con usted, tan graciosamente como sostiene el pro y el contra en la misma noche, sin aperebirse de ello.

—Si tuviera usted razón, ¿de quién fiarse?

—Del que la ama á usted verdaderamente.

—¿Del duquecito?

Butscha miró á Modesta, y ambos dieron algunos pasos en silencio. La joven permaneció impenetrable y sin pestañear.

—Señorita, ¿me permite usted que sea el traductor de los pensamientos ocultos en el fondo de su corazón y que no quiere explicarse?

—¡Cómo!—dijo Modesta,—mi consejero íntimo privado actual, ¿será además un espejo?

—No, sino un eco—respondió el jorobado acompañando estas palabras de un gesto de sublime modestia.—El duque la ama á usted, pero la ama demasiado. Si yo, si este enano ha comprendido bien la infinita delicadeza del corazón de usted, se atreve á afirmar que á usted le repugnaría ser adorada como se adora á un santo en el tabernáculo. Pero, como es usted eminentemente mujer, tampoco quiere ver á un hombre sin cesar á sus pies, como tampoco quiere á un egoísta como Canalis, que antepondría su persona á todo... ¿Por qué? no lo sé. Me haré mujer y vieja para saber la razón de ese programa que he leído en los ojos de usted, y que sin duda es el programa de todas las jóvenes. Sin embargo, usted tiene en su gran alma una necesidad de adoración. Cuando un hombre está á sus pies, usted no puede ponerse á los de él. Esta situación no se puede resistir mucho tiempo, decía Voltaire. El duque tiene demasiadas genuflexiones en la moral, y Canalis no tiene bastantes, por no decir que no tiene ninguna. Cuando se dirige usted al caballero mayor, cuando le habla, cuando le res-



pondé, no he dejado de ver la malicia que encierra la sonrisa de usted. Nunca podría usted ser desgraciada con el duque, todo el mundo aprobaría su conducta si le concediese usted su mano, pero estoy seguro de que no le amaría usted nunca. El frío del egoísmo y el calor excesivo de un éxtasis continuo son causas, sin duda, de una negación en el corazón de todas las mujeres. Indudablemente que no es ese triunfo perpetuo el que le prodigaría las delicias infinitas del matrimonio con que usted sueña, en el que se encuentra una satisfacción en obedecer, en el que se hacen grandes sacrificios con gusto, en el que se esperan con delirio éxitos, en el que es uno comprendido hasta en sus secretos, y en el que á veces la mujer protege con amor á su protector...

—¡Es un brujo!—dijo Modesta.

—Casándose con Canalis, hombre que sólo piensa en sí, cuya nota única es el yo, ambicioso de segundo orden, al que la dignidad y obediencia de usted importan poco, y que le desagrada á usted ya á causa de su indiferencia en materias de honor, casándose con ese hombre, repito, no encontrará usted tampoco esa dulce igualdad de sentimientos, esa participación mutua y continua de una misma vida y esa seguridad de agrandar que impulsan á uno á aceptar con gusto el matrimonio. Sí, aunque se permitiese usted abofetear á su madre, es tal la sed que Canalis tiene de su fortuna, que cerraría los ojos para negarse á sí mismo la falta de usted. Sepa, pues, señorita, que no me refería ni al gran poeta, que sólo es un pequeño comediante, ni á Su Señoría, que sólo sería para usted un buen partido, pero no un marido.

—Butscha, mi corazón es un libro blanco en el que va usted grabando lo mismo que lee en él—respondió Modesta.—Se deja usted llevar del odio que existe en provincias hacia todo lo que ha logrado elevarse un poco. Usted no perdona al poeta el que sea un hombre político, el que posea una hermosa palabra y un

brillante porvenir, y calumnia usted sus intenciones.

—Señorita, créame que le volverá la espalda de la noche á la mañana con la cobardía de un Vilquín.

—¡Oh! hágame ver lo que dice, y...

—Convenido, dentro de tres días, el miércoles, acuérdesese bien. De aquí á entonces, señorita, diviértase en escuchar todos los aires de su organillo, á fin de que resalten más las horribles disonancias que ha de producir luego.

Modesta volvió alegremente al salón, donde La Briere, aislado, permanecía sentado ante una ventana, desde la cual había contemplado sin duda á su ídolo, levantándose apresuradamente á la entrada de éste, como si algún ujier hubiese exclamado: «¡La reina!». Este respetuoso movimiento decía más de lo que se hubiese podido expresar con las más hermosas palabras. El amor hablado no vale tanto como el amor probado, y todas las jóvenes de veinte años parecen tener cincuenta para practicar este axioma. En esto estriba la gran fuerza de los seductores. En lugar de mirar á Modesta de frente, como hizo Canalis, que la saludó rindiéndole público homenaje, el amante desdenado le dirigió una larga mirada y mostróse humilde como Butscha, casi tímido. La joven heredera notó este detalle y fué á sentarse al lado de Canalis, á cuyo juego pareció asociarse. En el curso de la conversación, La Briere se enteró, por una palabra que Modesta dirigió á su padre, de que, pensando reanudar ésta el miércoles sus ejercicios hípicas, le hacía falta un latiguillo que estuviese en armonía con la suntuosidad de sus vestidos de amazona. El refrendario dirigió al enano una mirada que chisporroteó como un incendio, y algunos instantes después, ambos paseaban juntos por la terraza.

—Son las nueve—dijo Ernesto á Butscha—y parto para París al instante, esperando que podré estar allí mañana por la mañana á las diez. Butscha querido, dada la amistad que ella tiene con usted, seguramente



que aceptará de usted un recuerdo. Permítame que le regale un látigo en su nombre, y sepa que, como premio á esta inmensa complacencia, tendrá usted en mí, no ya un amigo, sino un esclavo.

—Obre usted como guste, y le envidio á usted por que tiene lo que yo no tengo, ó sea dinero para hacer estos gastos.

—Advierta usted á Canalis de mi parte que no irá á dormir esta noche, que invente un pretexto para justificar una ausencia de dos días.

Ernesto, que se puso en camino una hora después, llegó en doce horas á París, siendo su primer cuidado pedir un asiento en el correo del Havre que había de salir al día siguiente. Después se fué á casa de los tres joyeros más célebres de París, á fin de poder comparar los puños de látigo que tenían y poder escoger el que le pareciese más hermoso. Entre los muchos que vió, llamó su atención uno hecho por Stidman, para un ruso que no había podido pagarlo después de encargado, el cual representaba una cacería de zorro esculpida en oro y terminaba en un rubí de un precio exorbitante para un pobre refrendario. Costaba siete mil francos, y el pobre joven tuvo por lo tanto que invertir todas sus economías en aquella compra. Ernesto dió el dibujo de las armas de los La Bastie y veinte horas de tiempo para sustituirlas por las que figuraban en el puño, el cual fué adaptado á un látigo de caucho y encerrado en un estuche de marroquí rojo forrado de terciopelo, en el que se grabaron dos M entrelazadas. El miércoles por la mañana, La Briere llegó al Havre á tiempo aún para almorzar con Canalis. El poeta había disculpado la ausencia de su secretario diciendo que estaba ocupado en un trabajo que le habían mandado de París. Butscha, que había ido á esperar el coche del joven refrendario, corrió á llevar aquella obra de arte á Francisco Cochet, recomendándole que la colocase encima de los vestidos de amazona de Modesta.

—Supongo que acompañarán ustedes á Modesta en su paseo—dijo el pasante que había ido á casa de Canalis para anunciar con una mirada á La Briere que el látigo había llegado felizmente á su destino.

—Yo voy á acostarme—respondió Ernesto.

—Amigo mío, no te comprendo—dijo Canalis mirando á su secretario.

Iban á almorzar, y, como es natural, el poeta invitó al pasante. Butscha se hacía el reacio con intención de hacerse invitar en caso de necesidad por La Briere. La fisonomía de Germán le hacía prever el buen resultado de una estrategia de enano que tenía por objeto dar cumplimiento á la promesa hecha á Modesta.

—Bien hace el señor en invitar al pasante del señor Latournelle—dijo Germán al oído á Canalis.

Á un guiño del amo al criado, ambos se fueron al salón para poder hablar en secreto.

—Señor, esta mañana he ido á una partida de pesca proyectada por un patrón de barco á quien yo conozco.

Germán no confesó que había tenido el mal gusto de jugar al billar en un café del Havre, donde Butscha le había rodeado de amigos para impresionarle á su gusto.

—¿Y qué?—dijo Canalis.—¡Al grano! ¡pronto!

—He oído acerca del señor conde de La Bastie una conversación que he procurado alentar, y le advierto que, según los rumores que corren por el puerto, usted va á caer en un lazo. La fortuna de la señorita de La Bastie es, como su nombre, muy modesta. El buque en que el padre vino no es suyo, sino de unos comerciantes de la China á los cuales tiene que rendir cuentas. Respecto á este punto, se dicen cosas poco halagüeñas para el honor del coronel, y como he oído decir que usted y el señor duque se disputan á la señorita de La Bastie, me he tomado la libertad de advertirle esto, porque, entre usted y Su Señoría, vale más que sea éste el cazado... Al volver de esa partida de pesca, he dado un paseo por el puerto y he